

HACE más de una década analicé en artículos y en un libro el revelador fenómeno de la convergencia de las ideologías.

Puntos de apoyo de aquel primer diagnóstico fueron la evolución del liberalismo hacia el robustecimiento del poder ejecutivo y la planificación económica, y la evolución del socialismo, especialmente el británico y el germano, hacia las libertades individuales y la iniciativa privada. Hoy, en Occidente, liberales y socialistas no representan, como antaño, dos concepciones del mundo irreductibles y contrapuestas, sino dos equipos con programas bastante similares y coincidentes en una simultánea aspiración a gobernar. Es este último común denominador el que los mantiene más existencial que esencialmente enfrentados.

Pero la convergencia de las ideologías no se produce sólo en el Oeste. El convenio soviético-estadounidense de suspensión de pruebas nucleares (1963) marcó el comienzo de la coexistencia entre la democracia y el comunismo. Paralelamente, se ha ido avanzando en el progresivo aburguesamiento de las masas tras el telón de acero y en la general aceptación del intervencionismo económico en Occidente. De un lado, asistimos al fin del «laissez faire» y, del otro, a la crisis del estatismo total. La convergencia ideológica se produce también a escala planetaria.

Posteriormente, los economistas han profundizado en el tema. En su monografía «Convergence of economic systems in East and West» (1967), Linneman y sus colaboradores llegan a conclusiones confirmatorias. Primera: a pesar de las diferentes formulaciones, los objetivos económicos fundamentales del Este y del Occidente son análogos, el desarrollo y el bienestar. Segunda: en Occidente existe una clara tendencia hacia la planificación y la centralización, mientras que en el Este aumenta la autonomía de los entes locales y empresas públicas. Tercera: crece el paralelismo entre la tecnología de ambos sistemas y, por lo tanto, entre las mentalidades y los procedimientos. En conclusión: hay un acercamiento recíproco.

Pero el testimonio más empírico de la convergencia que se está produciendo entre el socialismo y el capitalismo es el que se deduce del esquema formulado por Galbraith, inicialmente en su lúcido e innovador libro «The new industrial State» (1967) y, luego, en artículos y respuestas a sus numerosos antagonistas. Según Galbraith, la institución socioeconómica más característica de los Estados superdesarrollados y, por tanto, de la Humanidad futura, es la «mature corporation» o gran empresa (sólo tres de ellas tienen en los Estados Unidos más ingresos que toda la agricultura). Lo que las define es su gran envergadura y el hecho de que las decisiones no las toman los capitalistas, ni siquiera los gerentes, sino la «tecnoc-estructura», que es el grupo organizado de expertos que posee la información necesaria.

LA CONVERGENCIA DE LAS IDEOLOGÍAS

¿Cuáles son los rasgos distintivos de una economía protagonizada por las tecnoc-estructuras? Aduciré los que tienen más interés para ratificar mi tesis de la convergencia. 1) La producción no puede improvisarse según los aleatorios dictados de la demanda; se impone la planificación a gran escala y a plazos relativamente largos. 2) La vida económica está determinada por los programas de las grandes empresas, con lo que la soberanía del consumidor, propia del sistema de mercado, es reemplazada por el protectorado de la tecnoc-estructura. 3) Las grandes empresas se relacionan estrechamente con el Estado porque necesitan que les asegure una demanda global, estabilidad de precios y salarios, patentes, especialistas preparados y contratos de suministro de manufacturas de alta tecnología. 4) A las tecnoc-estructuras les importa más la expansión de la empresa y el refinamiento tecnológico que los dividendos de los accionistas, es decir, que el móvil de la economía ya no es la pura optimización del beneficio. 5) Consecuentemente, la tecnoc-estructura está interesada en el desarrollo del país; pero no se vincula a ningún partido, y en este sentido es apolítica. 6) En síntesis, la tecnoc-estructura tiende a comportarse de un modo análogo en una economía capitalista como la americana, o en una socialista como la soviética.

La incidencia de este esquema sobre la convergencia de las ideologías es evidente, porque hoy las ideologías políticas son de contenido primordialmente económico y es en la disparidad de los sistemas productivos en donde se apoyan las básicas disidencias de los partidos y de los bloques. Lo mismo en el Occidente que en el Este, o sea, independientemente de que los gobernantes sean fieles a Rousseau o a Lenin, la vida económica se orienta hacia grandes empresas autónomas y apolíticas, muy solidarias del poder público, que en vez de someterse al mercado libre planifican, y que, en vez de tener como principal objetivo los beneficios empresariales, aspiran al objetivo nacional del desarrollo. Tanto la eco-

nomía capitalista como la socialista encuentran en la tecnoc-estructura su punto de convergencia. Como escribe Galbraith,

«son los imperativos tecnológicos y organizativos, y no las ideologías, quienes determinan la configuración de la sociedad».

Pero creo que la convergencia de los sistemas económicos no es simétrica: el desplazamiento del capitalismo hacia el socialismo es mucho más profundo que el acercamiento del socialismo al capitalismo. Del otro lado del telón de acero, contrariamente a la dogmática marxista, se hacen tímidas concesiones a la autonomía y al neutralismo empresariales; pero en Occidente la planificación y el intervencionismo estatal, que antes se consideraban diabólicos, se han impuesto espectacularmente. En cambio, la convergencia del aspecto más propiamente político de las ideologías se está produciendo con una asimetría inversa. El comunismo se desplaza hacia posiciones más humanistas: disminuye el terror, aumenta el ámbito de autodeterminación individual y se atiende a las necesidades del consumo ciudadano. El comunismo está recorriendo más camino ético hacia la concepción tradicional del hombre que ésta hacia el colectivismo marxista.

En Occidente, la tesis de la convergencia de las ideologías y de los sistemas económicos se va imponiendo implacablemente. En cambio, detrás del telón de acero los marxistas ortodoxos, como Cerpakov, la rechazan. Pero es sintomático que el gran físico ruso Kapitsa, galardonado con el Nobel y considerado como desviacionista en tiempos de Stalin, declarara, en 1969, que tenía por evidente la convergencia de los sistemas estadounidenses y soviéticos.

A favor de la convergencia ideológica, se pronuncian, de modo tácito o expreso, los programas electorales y las tecnoc-estructuras, por una causa profunda, porque lo imponen la dialéctica del pensamiento y la de los hechos. En contra de la convergencia se sitúan frenéticamente los ideólogos por una razón harto mediocre, porque creen ver en la conservación de sus respectivas ideologías el único modo de asegurar su personal supervivencia elitista y su único banderín de enganche para eventuales secuaces. Su egoísmo es históricamente reaccionario. La tesis de la tecnoc-estructura está suscitando, por lo menos, tantas excomunioniones como la del crepúsculo de las ideologías. A los inquisidores de hogaño, parapetados tras sus férreos manuales, e incapaces de producir una sola idea nueva, les acontecerá un día no lejano, lo mismo que a los oráculos de la mitología clásica, que mientras celebraban sus sofisticados ritos, las gentes les dejaban solos porque ya no creían en ellos. Se seguirá invocando a Stuart Mill o a Marx, pero pronto la Historia estará en otra parte. Esforzadamente hemos de sustituir las viejas ideologías parciales, patéticas, retóricas y falaces por un ideario cabal, racional, eficaz y verdadero.